

# Dignificar la vida y la muerte: Entierro colectivo en medio de la persistencia de la guerra en Bojayá, Colombia

por **Pilar Riaño** | University of British Columbia | pilar.riano@ubc.ca

**Camila Orjuela Villanueva**, investigadora independiente | camilaorjuelavillanueva@gmail.com

**Natalia Quiceno Toro** | Universidad de Antioquia, Fellow CALAS “Laboratorio visiones de paz”  
natalia.quiceno@udea.edu.co

**José de la Cruz Valencia** | Comité por los Derechos de las Víctimas de Boyayá | jovacord@gmail.com

Después de 17 años de sufrir uno de los crímenes más atroces del conflicto armado colombiano, las familias y comunidades negras e indígenas de Bojayá recibieron el 11 de noviembre de 2019, los cuerpos de sus seres queridos asesinados y masacrados entre abril y mayo de 2002. Este reencuentro entre personas vivas y muertas hace parte del proceso de exhumación, individualización e identificación que emprendieron los Bojayaseños en el 2016 y que fue posible por la interpelación constante del Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá ante el estado colombiano y la comunidad internacional. Un trabajo gestado en el contexto de diálogo y acuerdos de paz entre el gobierno de Santos y la guerrilla de las FARC-EP.

La entrega más grande de cuerpos en la historia de Colombia puso en tensión diversos sentidos y temporalidades frente a la justicia transicional y las apuestas de paz en el país. La forma como desde los conocimientos afro e indígenas se realiza la exhumación, identificación, entrega y entierro de los familiares evidencia un trabajo por descolonizar las políticas transicionales y enriquecer los protocolos forenses y judiciales con las formas locales de lidiar con la muerte y los espíritus. Conocimientos científicos y conocimientos mortuorios se encuentran en una tensión creativa y en ocasiones conflictiva, que logra impulsar medidas de satisfacción para las víctimas y transforma las lógicas de la participación al involucrar activamente a la

familia extensa, a cantadoras, rezanderos, parteras, médicos tradicionales emberá, así como a líderes y autoridades locales.

El entierro colectivo representado, en medios y páginas institucionales, como la fase final de un duelo postergado por más de diecisiete años es por el contrario para familiares y Comité una experiencia colectiva mediante la que cierran y abren nuevos ciclos en su deber de cuidar y reparar la relación con los muertos alterada por el conflicto armado. Así, recibir, nombrar, velar, recorrer, enterrar y acompañar durante día y noche, entre el 11 y el 30 de noviembre, a las más de 90 personas, entre ellas 49 niñas y niños, y nueve bebés que mueren en el vientre de sus madres, es insistir en las premisas culturales de reencuentro, ritual y canto que son necesarias para que “las víctimas de Bojayá, descansen en paz”.

Aquí presentamos el itinerario de los muertos a su llegada al territorio y las formas como las familias y el Comité tejen una exigencia común: la de dar lugar central en el quehacer de la justicia transicional, a los sentidos, temporalidades y conocimientos que están a la base de los rituales mortuorios y acciones colectivas que reparan el

equilibrio y mantienen el movimiento de la vida en el Atrato y que hoy, desafortunadamente, sigue estando amenazado por nuevas acciones violentas.



Muertos embarcados por el río Bojayá, 11 de noviembre 2019.  
Foto: Natalia Quiceno Toro

En una caravana de botes acondicionados para transportar los 100 cofres con los cuerpos de los familiares asesinados, la comunidad emprende el recibimiento de sus seres queridos tras estar dos años en un laboratorio del Instituto Nacional de Medicina Legal en la ciudad de Medellín. Navegar las aguas del Atrato para visitar a sus vecinos de Vigía del Fuerte y decir nuevamente gracias, es el primer paso del recorrido de los muertos tras su llegada al territorio. Agradecen el refugio que brindó esta comunidad a los sobrevivientes y heridos de aquel mayo de 2002 cuando los combates se mantenían aún después de la explosión de una de las pipetas lanzada por la guerrilla de las FARC a los paramilitares que se resguardaban detrás de la iglesia y que masacró casi 100 personas y dejó a más de 200 heridas.

Después del agradecimiento, vivos y muertos cruzan a la otra orilla del río Atrato hacia el antiguo pueblo de Bellavista. Por primera vez los cuerpos vuelven al lugar donde encontraron la muerte. Los miembros del Comité van nombrando a cada una de las personas. Ante cada llamado, los familiares se acercan y reciben a su ser querido. Poco a poco se forma una gran procesión encabezada por las cantadoras quienes entonan los cantos fúnebres para acompañar la entrada de los muertos a la iglesia. Familias enteras lloran en el camino a la

iglesia, incluso aquellos que no habían nacido en el 2002 y que hoy acompañan el duelo colectivo donde el pueblo salda una deuda moral y espiritual con sus muertos.

Al interior de la iglesia, en un círculo donde los familiares sostienen a sus seres queridos en pequeños cofres, el canto retumba con fuerza. Una de las mujeres del pueblo toma el micrófono y en homenaje a los muertos caídos en la masacre reafirma con su grito: “Ni una gota de sangre más en Bojayá” “Queremos la paz”. Estas palabras sintetizan el encuentro entre el pasado y el presente y el cuidadoso trabajo de dignificación de su historia. Así lo reafirma una de las familiares cuando dice que a pesar del dolor que se revive, ella siente tranquilidad porque “por fin ellos tendrán su casa propia.”

Los cuerpos y sus familiares salen solemnemente de la iglesia con los cantos de las alabadoras para volver a embarcarse rumbo al pueblo nuevo, el lugar donde estuvieron durante 14 años enterrados y mezclados en bolsas y sin ser identificados de manera apropiada. Al llegar se crea una calle de honor para que los cuerpos entren al pueblo y se realice un acto de recibimiento desde los diferentes credos que se profesan hoy en la comunidad. Mientras tanto, en el puerto, un grupo de 24 cuerpos de personas oriundas de Pogue se embarcan rumbo al río Bojayá para tener una noche de velorio con toda su comunidad. Este viaje rememora el paseo por el pueblo que suelen hacer los muertos cuando culmina su velorio; un trabajo ritual de recorrer el territorio, entrar a los lugares más frecuentados y visitar las casas de las personas queridas para que el muerto pueda descansar en paz. Al paso por cada comunidad del río Bojayá, las personas esperan en la orilla del río con banderas blancas y mensajes en honor a los muertos, así como de clamor por la paz.

Al llegar a la comunidad de Pogue, el canto de cantadoras se une al de los niños, niñas y jóvenes que esperaban en el puerto. En la oscuridad se desembarca uno a uno los ataúdes. Grupos de mujeres elaboran más de 500 panes para el velorio y acondicionan una olla comunitaria para alimentar a todo el pueblo. Otras personas construyen una gran ramada para el altar mientras los sabedores,

expertos en elaboración de tumbas y altares, adecuan y decoran un altar para 12 cofres cafés para los adultos y otro para los 12 cofres blancos para los niños.



Semillero de cantadoras, velorio en Pogue, 11 de noviembre de 2019. Foto: Natalia Quiceno Toro

Los niños y niñas del semillero cantan frente a los cofres blancos de aquellos niños que hoy podrían estar recibiendo los conocimientos de sus ancestros y manteniendo viva la fuerza de su pueblo. En 2002, en Bojayá fueron asesinados 49 niños y 9 ni siquiera alcanzaron a nacer. Estos últimos no son considerados personas en el código civil colombiano, pero para el pueblo afrochocoano, son personas: ya tenían nombre, se sabía la sustancia con la que serían ombligados y las parteras ya se relacionaban con su ser. Sus familias les hacen el duelo como a cualquiera de los niños y niñas que fueron asesinados.

De regreso a Bellavista, los ataúdes se ubican en el auditorio bajo la custodia permanente del Cristo mutilado de Bojayá, la guardia negra y los custodios del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía. Diariamente, entre los días 12 y 17 de noviembre, algunos de los cofres son llevados al Centro Infantil para las sesiones de información técnico científica donde la Unidad de Víctimas, la Fiscalía, Medicina Legal y Equitas entregan a cada familia la información sobre las circunstancias de muerte, el proceso y resultados de individualización e identificación de los cuerpos y para firmar el acta de su entrega. Las familias, quienes a lo largo de todo este proceso aportaron su ADN, los árboles

genealógicos, fotos, historias, documentos y datos sobre donde se encontraban sus familiares en la iglesia el día de la masacre, escuchan, hacen preguntas y preparan mensajes que dispondrán dentro de cada cofre antes de su cierre. En estas sesiones, reflexiona más tarde uno de los integrantes del Comité, se logran resolver algunas de las muchas dudas que las familias tenían a la vez que se pone en evidencia que la exhumación y entierro en el 2002 y 2004 estuvieron llenos de inconsistencias.

El encuentro con la información y con preguntas que siguen sin respuesta cimienta el dolor o la rabia. “¿Dónde apareció la parte del cuerpo que tienen?” pregunta la hermana de una de las víctimas de quien ese día solo se entregó un hueso. A la explicación de fiscalía y medicina legal, la familia responde con otras preguntas, “¿van a continuar con la búsqueda? ¿es este el único caso o hay varios casos?” Los familiares hablan entre sí, recuerdan lo que vieron y escucharon, y el integrante del Comité que les acompaña, reitera a las instituciones la expectativa de las familias de que se acepten los errores cometidos y se comprometan a continuar la búsqueda. Para esta familia y la comunidad no hay cierre, la mujer asesinada ahora está desaparecida.

Las cantadoras y rezanderos se ponen a disposición de las familias y sus necesidades de acompañamiento con el dolor generado por las explicaciones brindadas, así como para el momento en que se abren los cofres. En consulta con las familias cantan, rezan y envuelven cuidadosamente los cuerpos de los adultos en una tela blanca y los de los niños en tela de colores. Con la ubicación de mensajes preparados por los familiares sobre telas blancas llega el cierre del cofre y el llanto, los abrazos y la tristeza profunda de jóvenes y adultos se entrelaza con el canto y la oración.

La jornada del 17 de noviembre, día en el que se realiza el acto público, comienza con la celebración de una misa eucarística y la presentación de una obra de teatro que sus participantes pidieron no aplaudir. En el acto se esperaba la participación del presidente o de delegados de su gobierno. Sin embargo, el presidente no llega, ni emite ningún comunicado o disculpa a las comunidades afro,

indígenas, familias y Comité que lo esperaban. “Craso error que el gobierno no asista a uno de los actos más significativos de reparación colectiva del país y que revive una de las peores masacres del conflicto colombiano” señaló uno de los líderes del Comité.

Como antesala del acto público, varias organizaciones étnicoterritoriales y la Diócesis de Quibdó presentan la “Carta abierta al Presidente de la República sobre el inminente riesgo de una nueva masacre en el municipio de Bojayá”. Paso seguido se lleva a cabo el acto que acordaron el Comité y las familias para el diálogo y la negociación con el gobierno. Uno de los representantes del Comité lee un comunicado que enfatiza los asuntos que quedan pendientes: el manto de impunidad que persiste sobre la masacre de 2002 y la violencia sistemática y generalizada para los pueblos afros e indígenas del Atrato; la continuidad de los procesos de búsqueda e identificación de las personas que quedaron en condición de desaparecidas; la implementación de planes de reparación colectiva; y el reconocimiento como personas de los bebés en estado de gestación que murieron con la explosión de la pipeta.

Los cantos del semillero de jóvenes, niños y niñas de Pogue entonan públicamente sus exigencias y homenaje a los muertos que hoy son sus ancestros. La obra de teatro de jóvenes de Bellavista presenta una síntesis de los sucesos y los mensajes de las conmemoraciones realizadas cada dos de mayo. Ante la mirada conmovida de la audiencia, la obra no recibe aplausos y recalca desde las voces de los más jóvenes que “el tiempo pasa y la historia se repite”.

En la noche de noviembre 17, los ataúdes se llevan al altar que se prepara en el polideportivo para el velorio colectivo. Un velorio para 100 personas y con más de mil familiares requiere de mucha guía e imaginación de quienes poseen el saber ancestral sobre las prácticas y rituales mortuorios. Entre las 8 p.m. del 17 y las 6 a.m. del 18, rezanderas, rezanderos y cantadoras invocan cinco rosarios y cantan, según la edad de las víctimas, alabados y gualís. En las graderías, algunas familias llegan equipadas con cobijas y mantas para pasar la

noche. Otras se sientan detrás de las cantadoras quienes cantan y rezan por más de diez horas de frente a las filas y filas de ataúdes, iluminados por las velas que sobre cada uno de ellos reposa. Después del primer rezo de las 8 p.m., al menos diez mesas con juegos de dominó y cartas empiezan a ser utilizadas. Hacia las 2:30 a.m., un grupo de cantadoras cambia sus vestidos de luto por otros de colores amarillos y rosados y se preparan para la danza y el juego de los chigualos.



Altar con los 100 cofres con los cuerpos de las víctimas de la masacre de Bojayá, 17 de noviembre 2019. Foto: Pilar Riaño

La noche continúa con los rezos, los cantos y también el alcohol que da la fuerza necesaria para resistir el acompañamiento hasta el amanecer. El altar colectivo, el lugar del canto, el rezo y la danza de gualís, las mesas de juego y los lugares de conversación o descanso son una unidad, nos aclara el padre afrochocoano Sterling Londoño; son un espacio de duelo ritual, sagrado, familiar y relacional. Familias y Comité abren espacio también para el ritual cristiano evangélico que acoge la fe de varias familias. El velorio como una noche larga de acompañamiento prepara el momento siguiente: el entierro.

Enterrar a los muertos asesinados y masacrados en el 2002, tras tantos años de espera, se experimenta como “un segundo gran dolor”, señala Saulo, rezandero y cantador. La mañana del 18 comienza con una misa celebrada por varios representantes de la Diócesis de Quibdó. El padre Antún Ramos, quien vivió la masacre junto a la comunidad, cierra el acto litúrgico señalando que “al final si

descansan los muertos, también descansamos los vivos”. Con el Cristo Mutilado al frente, inicia la procesión que acompaña a los muertos a la jornada de entierro que dura aproximadamente ocho horas ininterrumpidas. La llegada al lugar de disposición final es precedida por rituales de canto y armonización que realizaron los jaibanás, médicos tradicionales embera.

El entierro es por grupos para permitir el acompañamiento en el dolor y posibilitar que cada familia tenga el tiempo para decir algunas palabras, permanecer en silencio o dedicar canciones a quienes se están enterrando. Como dice un familiar, las palabras, rezos, cantos y canciones son necesarios para “poder llorar y sentir más”. La jornada culmina a las ocho de la noche con el entierro de un niño entre cuatro y ocho años de quien no fue posible establecer su identidad y la disposición de dos ataúdes en la última bóveda del Mausoleo que dice “De la mano de Dios y la ayuda de la ciencia los identificaremos ‘Víctimas por identificar’”.

Esa misma noche se da inicio a las novenas. En las ocho noches de novena corrida se realizan rezos y cantos en la intimidad que recupera el pueblo cuando instituciones y periodistas salen de Bellavista. Cumpliendo con el deber de que el muerto nunca está solo, cada noche amanecen algunos familiares y miembros de comunidades rurales cercanas. Aunque el cansancio ya diezma la resistencia de muchos, los chistes, las historias y el compartir que caracteriza estos encuentros recargan de fuerza de los participantes. La quinta novena fue la excepción. Las denuncias realizadas a muchas voces en días anteriores, se materializa sin cerrar este ciclo ritual. El 21 de noviembre se dan enfrentamientos entre grupos guerrilleros y paramilitares en la zona rural de Bojayá y un joven del pueblo de Bellavista es asesinado. La novena se lleva a cabo de manera simultánea al velorio de este joven en el barrio vecino. El miedo, el dolor, la confusión y la incertidumbre se reflejan en los rostros de quienes acompañan. Mientras semillas de paz se siguen regando para insistir en los diálogos y en la implementación de los acuerdos logrados en la Habana, la avanzada de nuevos grupos paramilitares y guerrilleros exponen a las comunidades a confinamientos, reclutamientos,

asesinatos y desplazamientos forzados. La comunidad persiste en cerrar los ciclos de la muerte violenta recuperando la dignidad de vivos y muertos, pero el conflicto armado pervive en su territorio.

Una tumba de cuatro caras se construye el 26 de noviembre en el centro del salón parroquial de Bellavista. Un gran velón, una mariposa negra o el símbolo del luto y un vaso con agua con la planta de escubilla, son el eje de las cuatro caras decoradas con coronas de flores moradas y blancas y botellas de cerveza que hacen las veces de candelabros. Al fondo de la tumba está el Cristo Mutilado y el telón bordado con los nombres de las víctimas en 2003 por las mujeres Guayaacán. Telón y Cristo, son testigos materiales de acompañamiento de todo el proceso forense hasta levantar la tumba.



Tumba realizada para la Última, es decir el noveno día de novena para los muertos adultos de la masacre. Bellavista, 26 de noviembre de 2019. Foto: Natalia Quiceno Toro

El levantamiento de la tumba es uno de los momentos más fuertes del ritual mortuario pues se trata de la última despedida a los seres queridos. Una despedida contundente que marca el inicio de una nueva relación. Las almas de los muertos se van a descansar después del trabajo ritual constante realizado por los vivos, mientras éstos quedan “conformes” de haber saldado una deuda espiritual y de haber encontrado, por fin, un lugar digno para su descanso. Ese lugar que hoy representa el mausoleo en el cementerio del pueblo de Bellavista es una prueba material de la dimensión de la masacre de 2002 así como el espacio donde las familias, amigos y vecinos seguirán honrando a sus muertos, podrán llevarles flores y mantendrán viva su memoria. Como lo recuerda Saulo,

ellos vuelven al territorio para ser despedidos y enterrados, pero también para renacer. Con la tierra que acompañaba sus cuerpos en el momento de la exhumación, se sembrarán árboles; una nueva ombligada para que sean renacientes en su territorio, para dar fuerza a los vivos en la lucha cotidiana contra las violencias que persisten y amenazan la dignidad de su pueblo. //